

p/ "REVISTA TEOLÓGICA"
Seminario Concordia
C. Correo 5
1655 J. L. Pérez
Bs. /s - rg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

| | Página |
|---|--|
| Jesucristo, Señor de la Iglesia | 1 |
| El uso de Obreros Laicos en la Iglesia a la Luz de la Doctrina del Ministerio | 8 |
| Estudio Exegético - Práctico de 1 Cor. 1.. | 19 |
| Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina | La relación entre la Doctrina y la Obra Universal de la Iglesia |
| | 24 |
| | Bosquejos para Sermones..... |
| | 32 |

A ñ o 7

Primer Trimestre - 1900

Número 25

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 25

Primer Trimestre - 1960

Año 7

JESUCRISTO, SEÑOR DE LA IGLESIA

III. — LA PRESERVA

Jesucristo, el glorioso Señor de la Iglesia, el autor y consumidor de nuestra fe (Heb. 12:2), el fundador, el fundamento y la piedra del ángulo de la iglesia, el que amorosamente originó la iglesia cristiana, también *preserva* a su iglesia.

Desde que Jesús terminó su poderosa obra de la redención, está sentado a la diestra de Dios Padre en los cielos, Heb. 12:2; Rom. 8:34; Heb. 10:12-14; Salm. 110.1; Efe. 1:20-23. Desde su trono en el cielo Jesús vigila sobre todos los habitantes del mundo, particularmente sobre todos los miembros de la iglesia cristiana, Salm. 33:13-15.

El Señor de la iglesia no dió la espalda a su iglesia cuando volvió a subir a su hogar en el cielo. Él, la eterna cabeza, de ningún modo permite que su cuerpo, la iglesia, perezca y muera. Él, el amoroso Esposo, no puede olvidar a su Esposa, “que Él adquirió con su propia sangre”, Hech. 20:28. “Cristo es cabeza de la iglesia, siendo Él Salvador de ella, que es su cuerpo”, Efe. 5:23. El *Amante* de nuestra alma *preserva* a su iglesia.

Jesucristo por cierto ama a su iglesia, y la iglesia ama a su glorioso Señor. El *Cantar de Cantares de Salomón* describe este amor mutuo en hermosos y poéticos términos. La iglesia, la Amada, dándose cuenta de su indignidad, Cantar de Cantares 1:6; 5:1-8; está encantada por la seguridad del amor de Jesús, y reitera la admiración y el amor que tiene a Jesús; ella “desfallece de amor” para con Jesús, 2:5; 5:8; 1:2.4; 2:5-6.16; 6:3; 7:10; 8:3. Este amor “es tan fuerte como la muerte”, 8:6.

En esta conversación de amor entre Cristo y la Iglesia en Cantar de Cantares el Señor Jesús afirma y reafirma su amor celestial para con su Esposa, la llama “hermosa y graciosa”

(aunque toda su belleza procede de Él), y benignamente aprecia su amor, 1:8.15; 2:2; 4:1.7.9-10. Sólo en el cielo podemos apreciar por completo y adorar adecuadamente este amor maravilloso e inmerecido de Jesús para con su Esposa, la iglesia, después que el Esposo haya llevado a su Esposa al hogar celestial, Mat. 25:1-13.

Sabrán decir que el Señor preservará cuidadosamente a su amada Esposa, Mat. 25; Apoc. 6:9; 21:9-10. Aún más, ha prometido, jurado y garantizado que las puertas del infierno no prevalecerán contra su iglesia, Mat. 16:18; Juan 10:27-28. Jesús guarda a su iglesia como a la niña de su ojo, Deu. 32:10; Salm. 17:8; "aquél que os toca a vosotros, le toca a Él en la niña de su ojo", Zac. 2:8.

El Señor puede preservar a su iglesia en cualquiera circunstancia, pues Él es eterno, todopoderoso, omnisciente, omnipresente. En muchas ocasiones ha intervenido con su poderoso brazo para salvar a su iglesia de enemigos criminales y arrogantes. Cuando el Diluvio destruyó a todo el mundo, el Señor preservó a toda su iglesia, (Noé y su familia) en el arca. Cuando Sodoma y Gomorra fueron destruidas con fuego, los ángeles del Señor sacaron a salvo a la iglesia (Lot y su familia), de aquellas dos ciudades. Reyes poderosos fueron humillados, derrumbados y destruidos por el poder irresistible de Dios: Faraón, Sehón y Og, Saúl, Acab, Nabucodonosor, (Dan. 4), Senaquerib (Isa. 36 y 37), Belsasar (Dan. 5), Herodes. Cf. Salm. 2; Isa 8:9-10; 41:10. Tres siglos de sangrientas persecuciones no pudieron destruir a la iglesia. Al contrario, los emperadores paganos de Roma desaparecieron, se desintegró el imperio romano, y yace en ruinas el orgullo de Grecia, en tanto que la iglesia, el reino de Jesucristo, creció y se esparció por todo el mundo, y es actualmente más grande que la suma total de todos aquellos imperios.

Pero el peligro más grande que amenaza a la iglesia no es el poder militar y la fuerza bruta, ni tampoco se defiende la iglesia con armas carnales y fuerzas militares. El Señor dice: "No por esfuerzo, ni con poder, sino por mi Espíritu, dice Jehová de los ejércitos", Zac. 4:6b; 2ª Cor. 10:4.

La iglesia judía casi fué destruida por la desobediencia, incredulidad, idolatría, impiedad, materialismo y doctrina falsa. Tres veces Dios mismo amenazó hacer desaparecer a toda la nación judía (Éxo. 32:7-10; Núm. 16:21 y sig. 45 y sig.) a

causa de su incorregible obstinación, y hacer de Moisés una nueva nación. Sólo la intercesión de Moisés (figura de Jesús) salvó a los israelitas. Debido a su constante recaída en la idolatría y vicios paganos el Señor mismo los desterró (a Judá) por setenta años a la Cautividad Babilónica e hizo que Israel fuera destruido permanentemente por los asirios. En el año 70 d. de Jesucristo, Jerusalén y el Templo fueron destruidos por completo por los romanos a causa del odio y rechazamiento obstinado y final de los judíos para con Jesús, el Mesías. Pero la iglesia no fué destruída con la ciudad malvada. Al contrario, los cristianos, prevenidos por el Señor Jesús, huyeron de la ciudad y fueron preservados.

Durante las sangrientas persecuciones los cristianos escondieron las preciosas Sagradas Escrituras y así las preservaron para los siglos sucesivos, y muchas hasta la actualidad.

El Señor Jesús ha preservado y seguirá preservando a su Iglesia mediante su Palabra, la Palabra de la Verdad. Hizo que muchos cristianos hicieran un número de copias sorprendentemente exactas de las Escrituras, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, y también muy buenas traducciones. A pesar de lo difícil que era copiar estas porciones de las Escrituras, fueron tan esmeradamente exactas que los errores que son inevitables al escribirse algo a mano no afectaron en modo alguno a una sola doctrina. La Biblia es el milagro de los siglos. Con el mayor cuidado los cristianos coleccionaron los escritos sagrados, y también con el mayor cuidado desacreditaron y rechazaron escritos espurios y falsos. De este modo el Señor de la iglesia se encargó de que su Palabra infalible, escrita por los profetas y los apóstoles por la inspiración directa del Espíritu Santo, fuera preservada hasta el fin de los siglos, y asimismo la iglesia por medio de esta verdad salvadora. Ya se encuentran impresas como mil cien traducciones de la Biblia y porciones de ella.

Las doctrinas falsas eran el peligro más grande que amenazaba a la iglesia. Repetidas veces fanáticos furiosos trataron de hacer peligrar a la fe cristiana. Los judaizantes trataron de reemplazar al Evangelio salvador con la ley y las obras humanas, pero los apóstoles lucharon tenazmente contra estas intrigas mortíferas. Más tarde otros herejes peligrosos, particularmente Arrio, atacaron furiosamente la deidad de Cristo y la Santa Trinidad. A fin de combatir estos terribles errores, la iglesia adoptó,

además del Credo Apostólico, el Credo Niceno para recalcar y confesar especialmente la deidad de Cristo y la inspiración de la Biblia, y el Credo de Atanasio para reafirmar la doctrina bíblica acerca de la Santa Trinidad. Atanasio, el joven obispo, fué el que sirvió de guía a esta clara confesión.

Así la historia eclesiástica muestra concluyentemente que los falsos profetas son por cierto lobos rapaces, prestos a destruir las ovejas de Cristo, como advirtieron tanto Jesús como los apóstoles, Mat. 7:15; Hech. 20:29-30; Judas; Apoc. 2:18 y sig.

Después de las persecuciones la iglesia fué gravemente atormentada por dificultades internas, por luchas jerárquicas para conseguir poder, por la aparición del anticristo en la institución del papado. Poco a poco la Biblia fué desacreditada, prohibida y quitada a los laicos, hasta que por fin la mera lectura y posesión de la Biblia eran castigadas con una pena brutal. Esto abrió la puerta a toda clase de herejías. La ignorancia espiritual se hizo universal. La salvación por las obras reemplazó a la salvación por la fe. La religión se comercializó. La salvación gratuita por medio de Cristo tenía que ser comprada del papa y de los obispos. La obediencia al papa se hizo más importante que la obediencia a Dios. Así la edad media, o la edad del obscurantismo, oscureció la luz del Evangelio. Pero a pesar de todo esto, el Señor *preservó* a su iglesia. Conforme a su promesa, el Señor de la iglesia envió la Reforma, devolviendo la Biblia a la iglesia, con mayor claridad que anteriormente por traducciones hechas en el idioma del pueblo, y, gracias al descubrimiento de la imprenta, todo el mundo podía leer la preciosa Palabra de Dios en su propio idioma. Además, el Señor dió a la iglesia numerosos himnos cristianos, himnarios, catecismos, libros de historias bíblicas, libros de sermones y libros cristianos de texto de diferentes variedades. Fué entonces que el Evangelio y la iglesia florecieron y gozaron de la libertad que es concedida por Dios. Esta reforma de la iglesia no se realizó por medio de la fuerza, sino únicamente por la Palabra de Dios, por el Espíritu de Dios.

En el siglo siguiente, 1618 a 1648, la Guerra de los Treinta Años montaba en furor en Alemania, guerra con la cual la iglesia Católica Romana quería exterminar al protestantismo. La Reforma recibió un tremendo baño de sangre. Ocurrieron

horribles matanzas. Pero aun este baño de sangre no ahogó a la iglesia. El Evangelio sobrevivió y salió victorioso, no por los poderes militares del protestantismo, sino por el poder inherente a la Palabra de Dios. La Palabra de Dios sigue siendo poder, el poder de Dios para la salvación. Mat. 24:35; Juan 12:48b. Se escribieron seis confesiones nuevas.

Se ve, pues, que la iglesia cristiana ha sido siempre una iglesia militante, peleando mediante la verdad de la Palabra de Dios contra las mentiras de Satanás. Jesús, el Príncipe de Paz, era atacado constantemente. A eso se refirió Él cuando dijo que vino no para meter paz, sino espada. En el paraíso Adán y Eva vivían en perfecta paz hasta que el diablo perturbó esa paz con su infernal pregunta: "¿Conque ha dicho Dios?" Ése fué el comienzo de toda la miseria, todas las luchas, todo odio, todas las mentiras, todas las guerras y por fin la muerte que ocurre en este mundo. De igual modo, la furia del diablo monta en furor contra el Evangelio. Todo el Nuevo Testamento revela la lucha contra las mentiras de los judíos y los paganos. Para defender y respaldar la verdad, nuevos credos o confesiones fueron adoptados por la Iglesia Luterana y compilados en el Libro de la Concordia: 1) El Credo Apostólico. 2) El Credo Niceno. 3) El Credo de Atanasio. 4) La Confesión de Augsburgo. 5) La Apología a la Confesión de Augsburgo. 6) El Catecismo Menor de Lutero. 7) El Catecismo Mayor de Lutero. 8) Los Artículos de Esmalcada. 9) La Fórmula de la Concordia. Mediante estos credos escritos el Señor hizo mucho para clarificar, enseñar y defender la doctrina cristiana. Dondequiera que surgió algún error doctrinal, el Señor levantó hábiles campeones de la verdad, maestros insuperables que con la mayor claridad se dieron cuenta de lo que se trataba. El asunto es siempre o esto o aquello; o el Señor o Satanás, o la verdad o la mentira, o la vida o la muerte, o el cielo o el infierno. No puede haber concesiones.

Desde la Guerra de los Treinta Años el racionalismo se ha esparcido por Europa, poniendo a la ciega razón humana como juez sobre las Escrituras. Esto es un peligro mortal.

También en la actualidad la iglesia de nuestro Señor Jesucristo está amenazada por muchos peligros mortales: doctrinas falsas, seguridad falsa, saciedad espiritual, indiferentismo, unionismo, mundanalidad, materialismo, orgullo, ateísmo, paganis-

mo, vicios, pecados vergonzosos, falta de amor. Hay innumerables sectas que causan gran ofensa dividiendo a la iglesia en cientos de facciones, en tanto que otras tratan de unir a los cuerpos eclesiásticos sin tomar en cuenta en lo más mínimo la unidad en doctrina. Muchas sectas enseñan doctrinas que destruyen el alma: los Testigos de Jehová, los de la Ciencia Cristiana, los Mormones, el Anticristo, 2ª Tes. 2:1-12. Varias iglesias protestantes conservan en su seno a multitudes de "liberales" o "modernistas", que son simplemente incrédulos, predicadores y laicos que niegan al verdadero Dios, la deidad de Cristo, y su expiación, la inspiración de la Biblia, y que enseñan la salvación por medio de las obras. Cierta rama de la ciencia sin el menor escrúpulo enseña la evolución, negando la creación divina, todo lo cual conduce por completo al ateísmo. El comunismo atea es un enemigo mortal de Cristo y de su Palabra y de su iglesia. Los placeres mundanales llevan a las multitudes a la muerte espiritual.

Toda doctrina falsa y toda concesión al error es de sumo peligro, y detestable a Dios. Por lo tanto, debemos "combatir por la fe entregada una vez a los santos", Judas 3. Dios odia toda impiedad y falsedad, Salm. 45:7; Jer. 23:21. 31-32; Gál. 1:8-9.

Por lo tanto, con un celo santo debemos estudiar la Palabra de Dios. Nuestro grito de batalla debe ser: "¡Escrito está!" "¡Así dice el Señor!" Lo importante *no* es preguntar: ¿qué piensan los eruditos? ¿en qué consiste la tendencia moderna? ¿qué dice la opinión popular? ¿qué opina la mayoría? ¿qué complace a nuestra razón? ¿qué doctrinas están de acuerdo con los adelantos científicos modernos? Nunca jamás deben ser esas nuestras preguntas, sino: ¿qué dice el Señor? La Palabra de Dios no yerra, es absoluta y eternamente verdadera e infalible; por lo tanto, lo que ella declara decide todo asunto. Quiera Dios que nosotros, que amamos al Señor Jesucristo, la Verdad, odie-mos el error con todo nuestro corazón y alma y lo evitemos como algo mortal e infernal, Salm. 139:21-22. Cuidémonos de toda expresión moderna que procede del escarnio del diablo: "¿Conque ha dicho Dios?"

A pesar de todo error, falsos profetas y oposición, el Señor Jesucristo preserva a su iglesia, pero lo hace por medio de su Palabra. Por lo tanto, escudriñemos las Escrituras con el mayor

fervor, Juan 5:39, como los cristianos de Berea, Hech. 17:11. Dios quiera que cada uno de nosotros sea "apto para enseñar", 1ª Tim. 3:2, "retenedor de la fiel palabra que es conforme a la enseñanza; para que también pueda exhortar con sana doctrina, y convencer a los que contradicen", Tito 1:9.

Además, debemos orar fervorosa y continuamente, pedir que Dios no aparte de nosotros el Espíritu Santo y sus dones, y nos conceda sabiduría celestial, tal como lo hicieron Salomón y Eliseo, pues sin el Espíritu Santo no podemos comprender, creer y enseñar las verdades espirituales.

También pidamos al Señor verdadera humildad cristiana, subyugando nuestra razón en obediencia a la Palabra de Dios, "derribando razonamientos y toda altivez que se alza contra el conocimiento de Dios, y cautivando todo pensamiento a la obediencia de Cristo", 2ª Cor. 10:5. Sólo la Palabra de Dios nos hace sabios para la salvación, 2ª Tim. 3:15-17. En asuntos espirituales la razón humana engendra una sabiduría falsa que es pura insensatez. "Jactándose de sabios, se volvieron necios", Rom. 1:22; 1ª Cor. 1:18-31; 1ª Cor. 2:1-16; Salm. 19:7-11; Salm. 119:9, 18; Salm. 119:72, 97-106, 127, 160. La Palabra de Dios es sabiduría.

Cuidaos de "tolerancias" falsas, fraternidad pecaminosa, "amor" errático y popularidad impertinente. Repetidas veces advirtió Jesucristo que, si permanecemos fieles y leales a Él, seremos odiados y menospreciados por el mundo, así como Él mismo fué odiado y menospreciado. Observemos su horripilante advertencia contra toda doctrina falsa, Apoc. 22:18-19.

El Señor sigue concediendo nuevos triunfos a la verdad mediante nuevas traducciones de la Biblia, descubrimientos arqueológicos, transmisiones religiosas, y mediante mayores facilidades para imprimir y divulgar el Evangelio.

Sólo el Señor de la iglesia puede preservar a la iglesia en todo tiempo y en todo momento. Por consiguiente, debemos dar gracias a Dios, confiar en Él implícitamente, dirigirnos a Él en oración con la mayor regularidad, trabajar con la mayor fidelidad y firmeza, y poner a su disposición nuestros dones voluntariamente y sin importarnos el sacrificio.

A. Meléndez